

LA NOVELA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX (o del modernismo y del 98)

Al comenzar el siglo XX, los novelistas del Realismo-Naturalismo (Galdós, Clarín, Valera, Pardo Bazán) ya han dado sus mejores frutos, aunque siguen en activo (salvo Clarín, que muere prematuramente en 1901). La excepción es Vicente Blasco Ibáñez, más joven (1867-1928), cuyas primeras novelas son de influencia naturalista y de ambiente rural valenciano, como *Cañas y barro* (1902). Hay también otras tendencias, como la llamada «novela erótica» (*Jarrapellejos*, 1914, de Felipe Trigo, crítica del caciquismo rural) o la novela regeneracionista de Ciro Bayo.

Pero los novelistas que surgen a comienzos del siglo XX, casi todos encuadrados en el grupo del 98, llevarán a cabo una superación de la narrativa realista-naturalista que les precedió. Coinciden en 1902 cuatro títulos que van a marcar el inicio de esta renovación: *La voluntad*, de Azorín; *Camino de perfección*, de Pío Baroja; *Amor y pedagogía*, de Unamuno y la *Sonata de otoño*, de Valle Inclán. Se caracterizan, en general, por la fragmentación o reducción del argumento (escasa acción y mucha reflexión) y porque ya no interesa retratar la realidad exterior, sino las repercusiones de esa realidad en la conciencia subjetiva de los personajes, generalmente marcados por la abulia o falta de voluntad y por los conflictos existenciales.

Las novelas de Unamuno (1864-1939) se caracterizan por esa desnudez narrativa que viene dada por la mínima acción y la escasez de referencias de espacio y tiempo: apenas hay descripciones de lugar ni menciones de la época, porque lo que importa es lo que sucede en el interior de los personajes, sus conflictos íntimos, que se explican a través de abundantes diálogos cargados de ideas y de monólogos interiores. Con frecuencia el autor introduce prólogos y epílogos referidos a la acción que contribuyen a reforzar la ilusión de veracidad de los personajes y a desdibujar los límites entre realidad y ficción (de acuerdo con una concepción filosófica de la vida como autoengaño). Además de *Paz en la guerra* (1897, sobre la última guerra carlista), *Amor y pedagogía* (1902, sátira de los excesos de una educación demasiado racionalista), *La tía Tula* (1917, sobre la maternidad frustrada) y *Abel Sánchez* (1921, sobre el cainismo), sus novelas más destacadas son *Niebla* (1914) y *San Manuel bueno, mártir* (1933). En la primera el protagonista se entrevista con su autor y se enfrenta con él al querer suicidarse; en esa relación autor-personaje traza Unamuno una analogía con la relación entre Dios y el hombre, llegando a la conclusión de que somos criaturas soñadas por Dios. En la segunda narra el conflicto íntimo de un sacerdote que no cree, pero que con su fe fingida y sus obras mantiene ilusionadas y cohesionadas a las sencillas gentes de su pueblo; en el dilema entre verdad trágica y felicidad ilusoria, don Manuel se inclina por la segunda.

En cuanto a José Martínez Ruiz, "Azorín" (1873-1967), en pocos autores es más difícil separar el género narrativo del ensayo, ya que en sus novelas hay muchas digresiones ensayísticas, y en sus ensayos (como *La ruta de don Quijote*, *Castilla* o *Los pueblos*) son muchos los ingredientes narrativos. Los grandes temas son los mismos: la melancolía por el paso del tiempo y la búsqueda de lo permanente en lo fugaz, de la eternidad del instante, con influencia de la idea del eterno retorno de Nietzsche, todo ello acorde con un estilo preciso, impresionista, atento a "los primores de lo vulgar". Sus novelas más influyentes fueron las primeras: *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903) y *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), todas protagonizadas por el personaje del que tomó su seudónimo; se trata de novelas fragmentarias, con escasa acción, basadas en las sensaciones y las reflexiones de ese típico personaje del 98, que tenía mucho de autobiográfico, marcado por la abulia y los conflictos existenciales. Luego, a medida que iba evolucionando hacia una ideología cada vez más conservadora, cambió sus técnicas: *Don Juan* (1922) y *Doña Inés* (1925) son recreaciones de esos personajes literarios y,

posteriormente, se acercará a la literatura de vanguardia en obras como *Félix Vargas* (1928) y *Superrealismo* (1929).

Respecto a Pío Baroja (1872-1956) será el más prolífico de los novelistas del 98. Con un carácter difícil y una ideología muy particular (escéptica mezcla de liberalismo y anarquismo) verterá en sus novelas su pesimismo, procedente del filósofo Schopenhauer, y su visión negativa del hombre y de una sociedad donde, como por selección natural, sólo sobreviven los más fuertes. Concebía la novela como un cajón de sastre donde cabía todo, y negaba escribir con un plan previo; algunos lo han acusado de simplicidad estructural, por proceder por acumulación de situaciones y de personajes, y también de descuidar el estilo. Sus novelas, algunas históricas, solían estar ambientadas en su País Vasco natal o en Madrid; los personajes eran con frecuencia deshumanizados por un narrador tan inmisericorde con los poderosos como con los más pobres. Sus protagonistas suelen ser de dos tipos: o aventureros y hombres de acción (como el contrabandista Zalacaín) o intelectuales abúlicos que se preguntan por el sentido de la existencia, como el Andrés Hurtado de *El árbol de la ciencia*, trasunto del autor y que acaba suicidándose. Unos y otros coinciden en su rechazo de la vida burguesa convencional.

Finalmente, Valle Inclán (1866-1939), autor situado a medio camino entre el 98 y el modernismo, cultivó una narrativa poco convencional, en la que evoluciona de la prosa rítmica y de ambientación modernista de las *Sonatas* (1902-1905), protagonizadas por el Marqués de Bradomín, a la sátira esperpéntica de las dictaduras hispanoamericanas en *Tirano Banderas* (1926), sin olvidar sus trilogías históricas de *Las guerras carlistas* (1908-1909) y *El Ruedo Ibérico* (1927-1932), sátira del reinado de Isabel II.